



algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

Quando Miguel no fue Miguel

Alfredo
Gómez
Cerdá

Dibujos de
Laura
Pérez



Domingo

La culpa la tuvo una tableta de chocolate. O mejor dicho, la culpa la tuvo una auténtica torre de tabletas de chocolate que estaba situada en el cruce de dos pasillos del hipermercado. Era el chocolate preferido de Miguel y, además, estaba de oferta.

Miguel pensó decírselo a sus padres, pero como los vio discutiendo por la marca de la caja de leche que iban a comprar, soltó el carro de metal y se dirigió hacia la torre de tabletas de chocolate. La rodeó y, un poco sorprendido, se quedó mirándola. Le resultó increíble que aquellas tabletas hubieran sido colocadas con tanto esmero, unas sobre otras, para conseguir esa forma tan llamativa.

Luego, alargó el brazo y de la parte superior de la torre, con cuidado, cogió una tableta. La miró

con satisfacción y leyó las letras grandes del envoltorio: chocolate extrafino con leche y almendras. Se relamió de gusto.

Muy contento, con la tableta en la mano, regresó a donde había dejado a sus padres. Pero ya no estaban allí.

Miró a un lado y a otro, buscándolos. No encontró ni rastro de ellos ni del carro de metal.

Algo nervioso, recorrió todo el pasillo, hasta dar la vuelta a los expositores, y regresó al mismo sitio. ¿Dónde se habrían metido? ¿Cómo se podían haber marchado sin darse cuenta de que él no estaba? Quizá la culpa la había tenido la marca de la leche. Miguel sabía que cuando sus padres se ponían a discutir sobre si era mejor una leche que otra, o si tal aceite era más fino que los demás, o si las lechugas debían ser redondas o alargadas... se olvidaban de todo.

Decidió Miguel no moverse del sitio, pues lo más probable era que sus padres, cuando descubriesen que su hijo no iba con ellos, regresasen a buscarlo. Esperaría un rato y, si seguían sin aparecer, tendría que ir a una cabina de información y decir que se había perdido para que diesen su nombre por megafonía. Le resultaba ridículo. ¡Perderse a su edad! Pero... ¿qué otra cosa podía hacer?

Cuando llevaba cinco minutos esperando —cinco minutos que se le hicieron larguísimos—, Miguel

tuvo una idea. Pensó que lo mejor sería salir de allí y dirigirse hacia el coche, en el aparcamiento. Tenía la costumbre de memorizar el sitio donde aparcaban, por eso no le costaría trabajo dar con el coche. Más tarde o más temprano, sus padres tendrían que aparecer allí.

—Calle H, número cuarenta y dos—dijo en voz alta.

Allí es donde habían aparcado el coche.

Echó a andar con resolución y, abriéndose paso entre las personas y los carros de metal que formaban una cola ante una de las cajas, salió de la zona del hipermercado.

Se sintió entonces más solo que nunca, en medio de un amplio pasillo, flanqueado por la hilera interminable de las cajas a un lado, e infinidad de pequeñas tiendas al otro lado. Cientos de personas y decenas de carros de metal atestados de bolsas de plástico le rodeaban por todas partes. El gran centro comercial estaba en plena ebullición.

En aquel momento, Miguel se dio cuenta de que llevaba la tableta de chocolate en la mano, lo que significaba que la había sacado sin pagar. Pensó acercarse a una de las cajeras y devolvérsela, pero no lo hizo. Con ella en la mano se dirigió hacia el aparcamiento.

No le fue fácil dar con la salida y varias veces se confundió. Cuando creía que había encontrado el camino de la salida, se daba cuenta de que en realidad volvía a entrar. ¿Acaso aquel lugar estaría embrujado y por culpa de algún maleficio no encontraba la forma de abandonarlo?

Pero, tras intentarlo varias veces, consiguió su propósito. Cuando se vio de nuevo en la calle, respiró profundamente. La inmensa explanada del aparcamiento se extendía ante él, repleta de coches.

—¡Por fin! —dijo en voz alta.

Iba tan embelesado mirando las letras de las calles del aparcamiento, que no vio a un hombre que hurgaba en un contenedor lleno de basura que había junto a la pared. Por eso, se chocó violentamente contra él.

—¡Eh! —protestó aquel hombre—. ¿Por qué no miras por dónde andas?

—Perdone —se disculpó Miguel—. Estoy buscando la calle H del aparcamiento..., miraba hacia..., y... y... no me di cuenta.

—Si no miras siempre hacia adelante, te pasarás la vida chocándote contra todo lo que encuentres a tu paso.

—Sí, señor.

—Hoy he sido yo, que no estoy demasiado duro; pero imagínate que mañana te chocas contra una de esas enormes farolas de hierro, o contra el tronco de un grueso árbol, o contra un buzón de correos, o contra un camión que se haya subido a la acera para descargar su mercancía, o contra un quiosco de periódicos, o contra un rinoceronte que se haya escapado del zoológico...

Sorprendido, mientras escuchaba sus palabras, Miguel descubrió que aquel hombre, que no había dejado de rebuscar dentro del contenedor, tenía un aspecto muy diferente al de las personas que solían acudir al centro comercial. Se fijó en su ropa, que de tan vieja y sucia ni siquiera parecía ropa; en su pelo muy largo, que le caía hasta los hombros desde las alas arrugadas de un mugriento sombrero con el que se cubría la cabeza; en su enorme y enmarañada barba blanca, entre la que apenas se distinguía la línea de su boca; en sus zapatos incoloros llenos de agujeros; en la cuerda de cáñamo que utilizaba como cinturón...

Miguel sabía que a sus padres no les gustaba que hablase con desconocidos, y menos con esa pinta. Por eso, se dio media vuelta y comenzó a alejarse. Pero, de repente, se detuvo en seco. Una idea había cruzado por su mente. Se acercó de nuevo al hombre y le dio la tableta de chocolate que aún llevaba en la mano.

—¡Chocolate! —exclamó aquel hombre con gesto de alegría al recibir el regalo—. Muchas gracias, muchacho.

—De nada —respondió Miguel muy educadamente.

—Me encanta el chocolate —continuó el hombre—. Espero encontrar un poco de pan y hacerme un bocadillo.

—Si quiere, cuando encuentre a mis padres, puedo decirles que le compren una barra de pan. Ellos no se negarán.

—No te molestes. No es difícil encontrar un pedazo de pan por aquí.

—No es molestia...

—¡Chocolate! —volvió a suspirar el hombre, arrimándose la tableta a la nariz—. Antes robaba muchas tabletas de chocolate ahí dentro.

—¿En el centro comercial? —preguntó Miguel, como si no le hubiera entendido.

—¿Sabes lo que hacía? —continuó el hombre—. Escondía la tableta en uno de mis bolsillos y comenzaba a caminar como si fuera un comprador más. De vez en cuando, metía la mano en el bolsillo y daba un buen pellizco al chocolate. Así, hasta que la terminaba. Luego, tiraba el envoltorio en algún rincón y salía tan campanante por esa puerta que hay para los que no han comprado nada.



Miguel pensaba que aquel hombre tenía una gran desfachatez, no solo por robar tabletas de chocolate, sino por vanagloriarse de ello. Entonces recordó algo que le había ocurrido y decidió contárselo:

—El año pasado, cogí una tableta de chocolate que llevábamos en el carrito con toda la comida, le quité el papel y le di un mordisco.

—¡Así se hace! —sonrió aquel hombre.

—Pero mi madre me regañó.

—¿Sabes por qué te regañó tu madre? —el hombre abrió los ojos al máximo y acercó un poco su cabeza a la del niño, como si fuera a contarle algún secreto—. Lo hizo porque no te comiste la tableta entera. La próxima vez no dejes nada, y el papel lo tiras con disimulo en un rincón.

A pesar de que sabía que no debía permanecer junto a aquel hombre, que le estaba contando cómo robaba en el hipermercado y que incluso le incitaba a hacer lo mismo, Miguel no podía evitar una atracción misteriosa que lo retenía a su lado.

—¡Aquí está! —gritó de pronto.

Miguel pudo ver cómo uno de los brazos de aquel hombre, que mantenía enterrado entre la basura del contenedor, se aferraba a algo. Luego, tiró con decisión y sacó una barra de pan de tamaño considerable, la limpió un poco con la manga de su chaqueta y se la enseñó con gesto de satisfacción.

–¿Qué te parece, muchacho? Ahora podré hacerme un enorme bocadillo de chocolate. Si te apetece, te daré un trozo.

–No, gracias.

–Te advierto que el pan es de hoy, está blandito.

–Es que... no tengo hambre –se excusó Miguel, quien no podía evitar un poco de asco ante la visión de aquella barra de pan espachurrada y bastante sucia.

–Tú te lo pierdes.

El hombre abrió la barra de pan con sus dedos, quitó el papel a la tableta de chocolate y la colocó a modo de bocadillo. Inmediatamente, dio un gran bocado.

–¡Hummm! ¡Exquisito!

No se explicaba Miguel por qué aún seguía al lado de aquel hombre, que sin duda era un vagabundo sin casa, que dormiría en plena calle, arropado con cartones, y que tenía que comer lo que encontraba en la basura. Le observaba masticar con voracidad, como si llevase días sin comer.

–Usted dijo que comía todo el chocolate que le apetecía en el hipermercado del centro comercial –le comentó.

–Y no solo chocolate –respondió el hombre–. Comía de todo, es decir, de todo lo que puede

comerse sin necesidad de cocinarlo. Tú ya me entiendes.

—¿Y cómo tiene tanta hambre?

—¿Es eso lo que te preocupa? —la barba blanca se le había llenado de migas de pan—. Verás..., hace tiempo que no puedo entrar en el hipermercado.

—¿Por qué?

—Un día me pilló uno de los guardas comiendo una lata de sardinas en aceite. ¡Me encantan las sardinas en aceite! Desde entonces no me dejan entrar. Ya no puedo robar comida. Pero ahora robo otras cosas en las tiendas.

—¿Otras cosas? —la boca de Miguel se abrió hasta dibujar un elocuente gesto de sorpresa.

El hombre se metió la mano en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta y sacó un libro.

—¡Libros! ¡Me gusta robar libros!

—Libros... —repitió un poco alelado Miguel.

—Me gusta robarlos para leerlos —continuó el hombre—. Y a ti, ¿te gusta leer libros?

—Prefiero ver la tele, jugar con la videoconsola, ir al polideportivo, patinar en el parque, pasar la tarde en un centro comercial, jugar con mis amigos...

—Todas esas cosas son muy importantes —sentenció el hombre, antes de dar un nuevo y gigantesco mordisco al bocadillo.

—En mi cuarto tengo una estantería llena de libros, por lo menos hay veinte.



—¿Y los has leído?

—Creo que he leído dos y medio.

Entonces el hombre le mostró el libro que había sacado del bolsillo y con la boca llena le dijo:

—Es un libro de poesía. Lo escribió un hombre que vivió y murió hace más de cien años al otro lado del océano Atlántico.

—¿En América? —preguntó Miguel.

—En América del Norte, en Estados Unidos, en Nueva York. En Long Island.

—Hace unas semanas mi padre estuvo en Nueva York y me trajo unas bermudas y un *discman* para escuchar *compact discs*. Me ha dicho que a lo mejor en un viaje me lleva con él.

El hombre abrió el libro y comenzó a pasar hojas muy despacio, hasta que se detuvo en una en la que pareció fijar más su atención.

—¿Quieres saber cómo se llamaba el poeta que lo escribió? —le preguntó entonces.

—Sí.

—Walt Whitman. Ese era su nombre.

Luego permaneció un instante pensativo, como si estuviera dudando de algo. Movi6 incluso su cabeza a un lado y a otro.

—Aquí hay escrito un poema precioso. Podría leértelo, pero el caso es que... no me atrevo.

—¿Por qué no se atreve? —se sorprendió Miguel.

—Podría resultar... peligroso.

—Ya entiendo —sonrió Miguel con un gesto de picardía—. Es una poesía para mayores, como algunas películas. Mis padres no me dejan ver esas películas.

—No es eso —sonrió también el hombre—. La poesía no tiene edad.

—¿Entonces...?

El hombre parecía un poco nervioso e intranquilo, como si algo lo estuviera inquietando. Se guardó lo que le quedaba de bocadillo en un bolsillo de su amplio pantalón y se rascó la cabeza entre las greñas que le salían del sombrero.

—Tú... ¿quieres que te lo lea?

—Sí —respondió resuelto Miguel.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Bueno, te leeré solo el principio.

Y el hombre, después de carraspear un par de veces para aclarar su garganta, comenzó a leer:

Había un niño que salía todos los días,
y el primer objeto que miraba,
en ese objeto se convertía.

Luego, visiblemente nervioso, cerró el libro de golpe y se lo guardó.

—¿Ya se ha terminado la poesía? —preguntó Miguel.

—No; es una poesía bastante larga, pero no te leeré más.

—¿Por qué? —insistió Miguel.

—Tengo que marcharme.

Parecía como si algo le hubiera sucedido de pronto a aquel hombre. Su actitud había cambiado, y también la forma de comportarse. Incluso hasta sus ademanes y el tono de su voz eran diferentes. Se le notaba intranquilo, como si de repente la presencia de Miguel lo incomodase y quisiera perderlo de vista cuanto antes.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Cuando había dado unos cuantos pasos se detuvo y volvió ligeramente la cabeza.

—Muchas gracias por el chocolate —dijo.

Y se alejó entre los coches aparcados.

Mientras Miguel lo observaba, se preguntaba qué le habría sucedido para marcharse así, de una manera tan brusca, después de leerle aquellos versos. Seguía dándole vueltas en su cabeza a estos pensamientos hasta que una voz muy familiar lo devolvió a la realidad:

—¡Es él! ¡Está allí!

Se volvió de inmediato y descubrió a sus padres, que corrían a su encuentro.

—¡Qué susto nos has dado! —le dijo su madre mientras lo abrazaba—. Llevamos un buen rato bus-

cándote, hasta han dado tu nombre y tus señas por megafonía.

Miguel se sentía confuso. Por un lado, se alegraba del reencuentro con sus padres. Por otro lado, no podía apartar al vagabundo de su mente.

–Pero, ¿qué hacías aquí? –le preguntó el padre.

–Iba hacia el coche. Recordaba el lugar donde habíamos aparcado y pensaba que vosotros acabaríais pasando por allí.

–¿Y cómo no se te ocurrió acudir a alguna cabina de información?

–También lo pensé, pero... no soy un bebé para ir diciendo por ahí que me he perdido.

Dejaron en el maletero del coche la compra semanal del hipermercado y pasaron el resto de la tarde en el centro comercial, recorriendo incansablemente las tiendas, subiendo y bajando por las escaleras mecánicas.

El padre de Miguel se compró unos zapatos de color marrón claro que le hacían juego con los últimos pantalones. La madre de Miguel se compró un paraguas y una blusa. A Miguel, además de un par de gofres de chocolate, le compraron un *compact disc* de Aullidos en el Ático al Amanecer, su grupo musical favorito, un pijama, una toalla con la firma de un famoso jugador de fútbol, una

visera roja y un bañador de color azul marino con un delfín sonriente en uno de los laterales. Por supuesto, también compraron unas cuantas cosas para la casa.

Ya anochecido, después de tomarse unos sándwiches sentados en el velador de una de las cafeterías, regresaron a casa, felices y cansados.

Al salir del aparcamiento, Miguel no pudo evitar pensar en aquel hombre de aspecto tan estrafalario con el que había estado hablando junto al contenedor de basura. Lo recordaba perfectamente, como si lo tuviera frente a él. Y le sorprendió también recordar los versos de aquella poesía que le había leído.

Los repitió mentalmente:

«Había un niño que salía todos los días,
y el primer objeto que miraba,
en ese objeto se convertía».